

DISCURSO DEL SEÑOR RECTOR

ARQ. ROBERTO BERGES FEBLES

PRONUNCIADO EL

23 DE MAYO DE 1989

SANTO DOMINGO, REP. DOM.

Sr. Presidente de la Fundación Universitaria Dominicana.

Sres. Vicepresidentes y demás miembros de la FUD

Sres. Rectores Dr. Jaime A. Viñas Román y Juan Tomás Mejía Feliú

Sres. Vicerrectores, Sres. Decanos, Directores

Sras. y Sres.

Hace ya casi un siglo, una de las más connotadas figuras de la educación en las EE.UU., Rector entonces de la Universidad de Harvard, expresó de manera vehemente unos conceptos que bien haríamos en prestarles considerable reflexión, ahora, en nuestro medio y en nuestras actuales circunstancias históricas y sociales. Alfred North Whitehead, ese gigante de la educación superior norteamericana, al referirse al estado en que se encontraba entonces la estructura y el proceso educativo de su país, señaló lo siguiente: "Cuando uno considera en toda su extensión la importancia que tiene la educación de la juventud de un país,, las vidas rotas, las esperanzas desvalidas, los fracasos nacionales, que son el resultado de la frívola inercia con que se trata este asunto, es difícil controlar una ira salvaje. En las condiciones de la vida moderna es una regla absoluta que el pueblo que no le pone valor a la inteligencia cultivada está condenado al fracaso".

Ese gran vecino del norte, para su fortuna, aprendió la lección. De igual manera, muchas otras naciones de nuestro mundo contemporáneo han internalizado y puesto en práctica esta idea fundamental. No lo dudemos por un instante, los grandes saltos cualitativos y cuantitativos de determinadas comunidades en nuestro convulsionado

mundo moderno se deben esencialmente a la preparación y capacitación exhaustiva de sus poblaciones. Ahí están los ejemplos, palpables, impactantes, de países que han basado su desarrollo moderno en la educación de su juventud... Taiwan, Corea del Sur, Israel, Rusia, Japón, Canadá, y muchos otros cuya carrera de éxitos en nuestro siglo ha descansado fundamental en el desarrollo de sus sistemas educativos. Constituye hoy día, señores, un axioma incontrovertible, que el desarrollo socio-económico de una sociedad está en función directa de su desarrollo educativo.

¿Hemos aprendido nosotros, los dominicanos, esta lección?

Un análisis somero de nuestra historia reciente, desafortunadamente, nos arroja lo contrario. El creciente deterioro de nuestro sistema público de enseñanza, la inexistencia de una adecuada estructura de enseñanza Técnico vocacional, los aumentos alarmantes de nuestros índices de analfabetismo funcional, los salarios insoportablemente bajos de nuestro magisterio a todos los niveles, la proliferación indiscriminada de planteles de educación superior sin un mínimo aceptable de calidad comprobada, la falta de recursos presupuestarios adecuados para todo lo concerniente a la cultura y la educación, y tantos otros factores que podríamos señalar, nos comprueban indefectiblemente que en nuestro país hemos tratado este asunto, de importancia tan capital, con una especie de "frívola inercia".

Por fortuna, no todo el panorama es desolador. Tenemos hoy día un gobernante que ha roto todos los cánones en la historia de la educación dominicana en lo que respecta a la construcción de

nuevos planteles escolares. Tenemos hoy día un incumbente en la cartera de educación cuya capacidad y seriedad de propósitos son incuestionables. Y tenemos, entre otras, a nuestra Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, donde hemos tratado el tema de la educación superior con una seriedad, pulcritud, severidad y rectitud que constituye un modelo y ejemplo palpable de excelencia académica para una sociedad en desarrollo.

La historia de nuestra Universidad es un caso típico de una institución que surgió y se desarrolló en contra de la corriente. En nuestros inicios inclusive nos ganamos la animadversión de algunos sectores políticos y sociales por nuestras posturas verticales. A pesar de todas las vicisitudes y dificultades, sin embargo, hemos probado a lo largo de más de dos décadas que este modelo de educación superior, no solamente es factible, sino altamente beneficioso como instrumento de superación y desarrollo nacional. Ahí están nuestros miles de graduados para probarlo, desempeñando de manera harto eficiente puestos dirigenciales en nuestra sociedad, dando muestras en playas extranjeras de su extraordinaria calidad, conformando los cuerpos docentes y directivos de otras instituciones de educación superior, serias también, de más reciente creación.

¿Cómo lo hicimos?, ¿Cómo logramos superar el medio ambiente y lograr la conformación de un cambio sustancial en la educación superior?

La respuesta a estas preguntas nos puede servir de orientación para el futuro de nuestra institución. Y la respuesta no es otra que la siguiente: más de un centenar de voluntades férreas, de

inteligencias esclarecidas, de corazones nobles, se unieron en una causa común y realizaron un esfuerzo conjunto, al unísono, sin ambages y con gran sacrificio personal, para crear y desarrollar nuestra querida UNPHU. Hombres y mujeres de la talla de Miguel Piantini, Joaquín Salazar, Luis Duvergé, Manuel Pimentel, Margot Taulé Marina de Sallent, Moncito Báez, Mariano Lebrón, Andres Sallent, José Henríquez Almanzar, Rene Puig, E. O. Garrido Puello, Horacio Alvarez, Papía Najri, Tito Mella, y tantos otros que sería prolijo enumerarlos aquí, aunaron sus voluntades y colaboraron, juntos, en un esfuerzo común para el logro de una meta noble.

Si de algo nos sirve la historia, nos debe servir para aprender esta lección de esfuerzo mancomunado, de diálogo e intercambio constante de ideas e inquietudes en pos de metas de superación y desarrollo.

Tenemos que establecer un estilo institucional de gran apertura en este sentido. Las inquietudes, ideas, aspiraciones y necesidades de nuestra comunidad académica deben ser la fuente esencial de progreso de nuestra institución. El profesor universitario, por vocación y por naturaleza, necesita sentirse co-partícipe de una cruzada de progreso cultural y educativo nacional, requiere libertad de expresión y oportunidad de colaboración en una hermosa aventura común, necesita consideración y reconocimiento mucho más allá de lo que le puede ofrecer un empleo remunerado común y corriente. La Universidad debe probarle palpablemente a su profesorado su estima y respeto, otorgándole así la dignidad que merece en el conglomerado social y que debe presidir su labor magisterial.

La institución, por otra parte, debe mantenerse alerta a todos

Los problemas prioritarios y utilizar al máximo su extraordinaria cantera de recursos humanos (profesores y estudiantes) para incidir directamente en la solución de muchos de esos problemas a través de programas de investigación, de consultoría, de desarrollo, y otros, que le permita a la comunidad universitaria sentirse parte importante de un país en crecimiento y en pos de metas de mejoría. Ni universidad crítica, ni universidad militante. La consigna más bien debe ser universidad dinámica, partícipe y actuante.

Se impone, además, una revitalización de todo aquello que propenda a la más completa y óptima formación integral de nuestra juventud, al rescate de nuestros valores y nuestra identidad nacional, a la conscientización humanística basada en las más nobles tradiciones de nuestra civilización occidental, a la formación de una cosmovisión integral que involucre las ciencias, las tecnologías, las artes y las letras, a la formación de mentalidades que reflejen brillantemente la personalidad cultural contemporánea, al mismo tiempo que reafirme los más preciados valores tradicionales. Esta revitalización exige una actitud en toda la comunidad universitaria que debe ser sustentada por mecanismos que promuevan un rico diálogo interno.

Una Universidad que se honra con llevar el nombre de uno de los más grandes humanistas que haya producido la América Hispana, debe ser vanguardia del pensamiento, debe andar siempre adelantada a su momento histórico, formando una juventud capaz de enrumbar a nuestro país por derroteros que lo lleven con seguridad a formar parte integral de un mundo cada vez más tecnificado, cada vez más consciente del valor del conocimiento y la inteligencia organizados

y puestos al servicio de una sociedad en pleno desarrollo moderno.

Al expresar con gran humildad mi agradecimiento por esta honradora designación como Rector de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, tanto a la Fundación Universitaria Dominicana como a la comunidad académica de la UNPHU, deseo asegurarles a todos mi compromiso irrestricto con los estatutos y reglamentos de nuestra institución, así como con sus metas y filosofía.

Invoco, finalmente, la bendición y ayuda de Dios para que nos dé a todos fortaleza, visión, equilibrio y sensatez en la realización de esta noble tarea.

Muchas gracias,